

¿Vacunar, o no Vacunar?

Realmente no es una pregunta.

Por Debra Rich Gettleman

Photo by John Beckett

Aún recuerdo muy bien ese día. Fue a mediados de agosto y llevaba yo ocho meses y medio de embarazo. Recién llegada a esta ciudad, donde la temperatura en el verano seguido sube a más de los 115 grados. Conocía a muy poca gente. Tenía miedo me sentía sola y poco preparada para enfrentar los retos de la maternidad. La única persona a quien podía tal vez llamar mi amiga era Cindy, una mamá, ama de casa, con muchas conexiones. Ella también llevaba unos ocho meses de embarazo, igual que yo.

Estábamos en la piscina de la comunidad, intentando refrescarnos un poco, cuando de pronto me pregunta, "¿De manera que vas a vacunar?" "Claro, ¿qué no todos lo hacen?", respondí. Pareció verdaderamente sorprendida por mi respuesta. "No, no todos lo hacen. Pero tú estás casada con un pediatra, por lo que no me sorprende que sigas esa corriente."

"Disculpa," le dije, "pero no comprendo. ¿A qué te refieres?"

"¡Todas esas vacunas son algo terrible!" Siguió, "Hemos investigado mucho por la Internet y lo consultamos con nuestro quiropráctico. ¿Acaso no sabías que podrías afectar seriamente el sistema inmunológico de tu bebé al vacunarlo? O sea, ¿por qué inyectar a tu criatura con algo peligroso, que no es natural? Además, estoy segura que habrás oído hablar acerca de la relación entre la vacuna del MMR y el autismo."

Estaba atónita y atemorizada. ¿Acaso podría ser verdad lo que me decía? Cuando llegó mi marido a casa esa noche, le eché

en cara toda acusación. Con paciencia respondió a fondo a todas mis dudas. Conforme estudié todos los datos, analicé la información y profundicé en el complicado debate acerca de las inmunizaciones, una cosa me quedó bien clara... Existe mucha confusión y circula mala información acerca de las vacunas y, a menos que como padres de familia nos aseguremos de esclarecer los hechos, ponemos en serio peligro las vidas y el bienestar de nuestros hijos.

Las Acusaciones:

Las inmunizaciones debilitan el sistema inmunológico. Esto es una completa falsedad. Lo que hacen las vacunas es entrenar al sistema inmunológico para combatir la enfermedad. Cuando un pedazo de bacteria o virus particular se inyecta en el cuerpo, el sistema aprende a atacar la bacteria o el virus sin el riesgo de contraer la enfermedad. Nuestras células de defensa cuentan con una memoria, de manera que una vez que aprenden cómo atacar a una bacteria o virus específico, recordarán cómo combatirlos y cómo vencerlos si llegasen a estar expuestos a la enfermedad real.

Descubre www.WhyImmunize.org

Las vacunas no son naturales. Bueno pues este punto no tiene discusión, ya que las vacunas no son totalmente naturales. Empiezan como enfermedades naturales, pero son alteradas en el laboratorio para que no sean peligrosas. Pero, ¿qué cosa es “natural”? La varicela, las paperas, el sarampión, y la difteria, todas son 100% naturales. El sarampión por sí sólo mató a más de un millón de personas en el año 2000. Lo “natural” no siempre significa que algo “sea bueno para ti.”

Las vacunas hacen que los niños sean más susceptibles a las enfermedades contra las que se les vacuna. Esta es otra falsedad. Muchos de los síntomas de los niños que reciben vacunas, que sus padres creen que son síntomas de la enfermedad contra la cual se les vacunó, son universales: fiebre, escalofríos e irritabilidad. Estos síntomas son simplemente la respuesta normal del sistema inmunológico según aprende a combatir contra los antígenos de la enfermedad. Al ponerse en marcha el motor interno del cuerpo, puede subir la temperatura, dando lugar a fiebre, escalofríos, y a que se ponga fastidioso, se sienta fatigado, y aletargado. Si a un niño se le vacuna contra la varicela y a los tres días tiene lesiones, sería lógico pensar que se enfermó por causa de la vacuna. Pero en realidad, toma varias semanas para que la vacuna se incuben en el cuerpo, por lo que este resultado indicaría que el niño había sido expuesto a la varicela antes de recibir la vacuna y por lo tanto la vacuna no ayudó a prevenir la enfermedad pues aún no surtía efecto.

Algunas vacunas causan enfermedades no relacionadas. Seguramente usted ha escuchado las acusaciones de que la vacuna triple de sarampión, paperas y rubéola (MMR) causa el autismo. Este tipo de acusación sería suficiente para que cualquier padre de familia temiera vacunar a su hijo(a). Pongamos los puntos sobre la mesa: Este argumento surgió en 1998 cuando Andrew Wakefield, un médico de la Real Academia de Londres observó unos cuantos casos de niños autistas que también sufrían de una enfermedad de inflamación intestinal (IBD). Wakefield supuso que el sistema inmunológico de estos niños fue sobrecargado por la vacuna del MMR y por ende se causó la enfermedad inflamatoria (IBD). Esta enfermedad no permite al cuerpo absorber proteínas imprescindibles, lo cual consecuentemente causa el autismo. Después de revisar su teoría científicamente, Wakefield descubrió que su teoría era falsa. No existe relación alguna entre la MMR, la IBD, y el autismo. Estudios subsecuentes en el Reino Unido, en Finlandia, y en los Estados Unidos asimismo determinaron que no existía ninguna relación entre el autismo y la vacuna MMR. El motivo por el cual la vacuna MMR se ha relacionado con el autismo es comprensible. El autismo es una enfermedad devastadora que generalmente se diagnostica poco después de cumplir un bebé

un año, cuando se comienza a desarrollar el habla. Asimismo, coincide con el tiempo en que se recibe su primera vacunación del MMR. Si un niño no habla entre los 12 y los 14 meses de edad, los padres generalmente se preocupan suficientemente para buscar atención médica. Es entonces cuando se puede rendir el diagnóstico de autismo. Los padres, desesperados por encontrar el motivo que explique el diagnóstico alarmante, pueden equivocadamente suponer que existe una relación causal más que temporal entre la vacuna y la aparición de la enfermedad. Toda organización científica en este país, y en el extranjero, en pro de la niñez, ha declarado definitivamente que NO existe relación alguna entre la vacuna MMR y el autismo.

**Las vacunas
entrenan al sistema
inmunológico para
combatir la
enfermedad.**

Las vacunas no sirven para nada, sólo sirven para que el consumidor pague millones de dólares a la industria médica.

Las vacunas logran disminuir entre el 98 y el 99 por ciento de los casos de enfermedad. La viruela mataba a 48 mil personas al año. La difteria mataba a más de 175 mil personas al año, y el sarampión en un tiempo también cobró más de 500 mil vidas en un solo año. Por contraste con estas estadísticas del Siglo XX, en el 2002 ni un niño murió en los Estados Unidos de varicela, solo

uno murió de difteria, y 37 murieron de sarampión. Estas estadísticas increíbles comprueban la eficacia y la importancia de la vacunación universal. Las vacunas no son perfectas. Ciertos niños contraen la enfermedad, aunque de manera más leve, aún después de haber sido vacunados. Y en casos sumamente raros, algunos niños pueden tener una reacción alérgica a una vacuna en particular. De cierta manera, las vacunas son víctimas de su propio éxito. Al caer a un nivel tan bajo el número de enfermedades debido a la eficacia de la vacuna, el público parece olvidar lo devastadoras que eran las enfermedades en un principio. Al perpetuarse por los titulares sensacionalistas en los medios de comunicación y las observaciones anecdóticas que aparecen en numerosos sitios de la Internet, es lógico que la gente desconfíe de las cualidades salvavidas que pueden ofrecer las vacunas. El único antídoto es la sabiduría. Consulte con su médico. Haga sus propias indagaciones. Es bueno no dejarse llevar por la corriente, pero basándose en datos sólidos, investigación y buen juicio.

Derechos de autor © 2005 Raising Arizona Kids, Inc. Vuelto a imprimir con permiso de Raising Arizona Kids Magazine, edición de octubre del 2005.

Para mayor información:
www.RaisingArizonaKids.com
www.WhyImmunize.org

6/14 Vaccine Or Not 5